

500 AÑOS DE EVANGELIZACION EN VENEZUELA

Celebración y Compromiso

Pastoral Colectiva del Episcopado Venezolano

El año 1492 marca para la Iglesia católica el inicio de una de las páginas más hermosas de la historia de la evangelización. El nuevo escenario geográfico, político, económico y social puso en marcha a una febril actividad misionera y una seria reflexión teológica y jurídica que tuvo como norte la predicación del cristianismo y el amor a los hombres y mujeres de ese nuevo mundo. Desde 1983 el Santo Padre Juan Pablo II ha invitado a los latinoamericanos a recordar los quinientos años de evangelización con "una mirada de gratitud a Dios por la vocación cristiana y católica de América Latina y a cuantos fueron instrumentos vivos y activos de la evangelización. Mirada de fidelidad a nuestro pasado de fe. Mirada hacia los desafíos del presente y a los esfuerzos que se realizan. Mirada hacia el futuro para ver cómo consolidar la obra iniciada" (Puerto Príncipe, 9-3-83).

Los episcopados de nuestro continente, el CELAM, y los obispos de España y Portugal en Europa, han publicado durante estos años exhortaciones pastorales, y realizado eventos de diversa índole para conmemorar y proyectar, desde la perspectiva de la fe cristiana, los quinientos años de la evangelización de América. En Venezuela, el episcopado patrio le ha dedicado jornadas de estudio en diversas Asambleas Plenarias, programó la Misión Permanente como proyecto de pastoral orgánica para intensificar la vivencia de la fe cristiana, y varios obispos han hecho publicaciones sobre el tema. Son dignas de mención, también, las iniciativas de las editoriales católicas venezolanas, que han publicado buen número de libros dentro del marco de dicha efemérides. Ahora, esta LVI Asamblea Ordinaria del Episcopado ha tenido como tema central de estudio el V Centenario de la Evangelización. Con solicitud amorosa queremos compartir con todos los creyentes nuestras reflexiones, así como nuestro entusiasmo y orientaciones de cara a la renovación de la tarea evangelizadora.

CON UNA MIRADA DE FE

La Iglesia existe para evangelizar. "Evangelizar constituye, en efecto, la dicha y vocación propia de la Iglesia, su identidad más profunda" (EN., 14). Y hemos de reconocer que, aun con las sombras propias de la historia, la Iglesia en Venezuela ha vivido a la altura de esa excelsa vocación.

Por supuesto, la evangelización es siempre un hecho concreto e histórico. La realizan hombres y mujeres de una época determinada, con una cultura concreta y con una forma de vivir la fe muy peculiar en el tiempo y en el espacio. Existe una íntima relación entre la vida de la sociedad y la acción específicamente evangelizadora. En el caso de América esta conexión es más relevante porque todos, reyes, conquistadores y misioneros, manifestaban llevar a cabo sus actos en nombre de la corona y de la fe católica.

A cinco siglos de distancia queremos dar a conocer el sentido pastoral de la evangelización de América, y la exitosa empresa misionera de las iglesias de España y Portugal. Queremos dar gracias a Dios, porque a través de hombres de carne y hueso ha manifestado las maravillas de su gracia. Y porque sentimos las exigencias del presente como un reto para seguir anunciando con alegría el mensaje de Cristo. El futuro de nuestros pueblos y de nuestra fe requiere también un intenso, común y decidido esfuerzo evangelizador, realizado con capacidad creadora, espíritu de servicio y de entrega, y con la fortaleza necesaria para superar las situaciones de pecado, que obstaculizan hoy la aceptación de la fe en Jesucristo y la creación de una sociedad más fraterna y justa, más humana y cristiana.

LA LECCION DE LA HISTORIA: UNA MIRADA A NUESTRO PASADO

El Evangelio llegó a América con los primeros misioneros españoles. El Caribe fue el primer escenario del encuentro extraordinario y doloroso de dos mundos. Venezuela, descubierta por Colón en su tercer viaje, en 1498, va a ser, de inmediato, objeto de expediciones y de explotación, en sus placeres perlferos, y también de misión evangelizadora.

En efecto, los afanes evangelizadores aparecen desde los albores mismos del proceso de asentamiento colonial. Los dominicos inician, en 1514, la más pura y novedosa forma de evangelización pacífica, en el Oriente Venezolano. La realidad de la condición humana, tanto del aguerrido conquistador español, como del belicoso aborigen, va a dar al traste con este hermoso intento en el que estuvo involucrado Fray Bartolomé de Las Casas. Por estas mismas fechas hacen su aparición los primeros franciscanos. Ambas órdenes religiosas se caracterizaron por una posición bastante avanzada en cuestiones de política indigenista y de metodología misional. En 1520, por bula pontificia, se creó y se proveyó canónicamente la diócesis de Paria, con sede en Cumaná para todo el territorio nacional. Por avatares de la historia, no llegó a ejecutarse. Sea propicia la ocasión para agradecer la generosidad misionera de las órdenes dominicana, capuchina, jesuítica y agustiniana, que cargaron con el peso de la primera evangelización a lo largo de tres siglos en el vasto territorio de lo que hoy es Venezuela. En 1960, los obispos de la Provincia Eclesiástica de Oriente escribieron una hermosa carta pastoral, conmemorando el tercer centenario del reinicio de las misiones en nuestra patria.

Junto a la labor de los misioneros surgieron las iglesias particulares. Primero la diócesis de Coro (1531), trasladada en 1637 a Caracas. Y a finales del siglo XVIII las sedes de Mérida (1778) y Guayana (1790). Fue benéfica la acción de los obispos de Puerto Rico y Santa Fe de Bogotá, a las que pertenecieron buena parte de nuestros territorios. Ilustres prelados y abnegados sacerdotes llenan páginas de entrega y servicio. Recordemos los nombres de Don Rodrigo de Bastidas y Fray Pedro de Agreda en la sede de Coro; de Fray Antonio González de Acuña y Don Diego de Baños y Sotomayor en la sede de Caracas y Venezuela; de don Mariano Martí, primero como Obispo de San Juan de Puerto Rico y sus anexos ultra marinos, y luego como Obispo de Caracas. En la sede de Mérida Fray Juan Ramos de Lora y Don Santiago Hernández Milanés. Y en la de Guayana, el primer obispo venezolano, Don Francisco de Ibarra, y Don José Antonio García Mohedano. Con ellos una pléyade de olvidados y meritorios sacerdotes, curas doctrineros que se distinguieron por su celo, por la gloria de Dios, su entrega, su defensa de los indios y su cultivo de las letras, las artes y los oficios.

Pero por encima de todo, es necesario reconocer el papel de los seglares: sin ellos, la siembra de la fe hecha por misioneros y sacerdotes hubiera sido estéril. En primer lugar, los padres y madres de familia, auténticos catequistas de sus hijos y de su entorno familiar; los mayores y responsables de cofradías, hermandades y obras pías, verdaderos pilares de la fe. Y los múltiples oficios y ministerios de sacristanes, catequistas y coristas. A ellos se debe la consolidación de la fe, y la formación de esa veta riquísima de la religiosidad, que une lo esencial de la fe a la expresión cultural hecho canto, danza, rito, convite. Es el troquel del catolicismo popular, base insustituible de la fe de personas y pueblos.

La historia señala que la acción de obispos, sacerdotes, misioneros

y fieles cristianos fue profundamente humanizadora. Emociona leer las decretales del sínodo de Caracas de 1687, donde la autoridad eclesiástica exige un trato justo a indios y esclavos, bajo penas que llegaban hasta la excomunión a quienes los maltrataran o vejaren, o no les permitiesen el cumplimiento de sus deberes religiosos. Y la labor en defensa de los naturales, la solicitud constante ante la Corona de recursos para obras sociales de toda índole, la pequeña historia de querrelas entre autoridades locales civiles y eclesiásticas por el bien de las almas, que llena muchas páginas de la labor de obispos, sacerdotes, doctrineros, misioneros y religiosos.

La labor de la institución eclesiástica estuvo siempre ligada a los más pobres y necesitados, y al campo de la educación y de la cultura. Así lo demuestran hospitales, orfanatos y cementerios, escuelas de primeras letras y de oficios, seminarios, universidades, junto con la preocupación por la mejora de caminos, acueductos, y todo lo que tuviera que ver con el bien material, acompañante del bien espiritual.

La Independencia planteó, entre otros, un agudo problema de conciencia: la compatibilidad de autonomía y soberanía popular con la fe. El problema se lo plantean el Arzobispo de Caracas, Narciso Coll y Pratt, y el Obispo de Mérida, Santiago Hernández Milanés; más tarde, Mons. Rafael Lasso de la Vega, realista primero y patriota luego de su encuentro con Bolívar en Trujillo, explicó ampliamente el asunto. La más clarividente respuesta al problema teológico y ético planteado viene de un culto seglar, Juan Germán Roscio, quien razona la validez del asentimiento al nuevo orden que consagra la voz popular como voz de Dios. La primera constitución republicana lleva estampada la firma de ocho sacerdotes. Y el número de clérigos que se suman a la causa republicana supera con creces al de los que abandonaron sus puestos o expresaron sus preferencias monárquicas.

Es una gloria que honra nuestro gentilicio el que en aquella hora difícil y confusa. Simón Bolívar, el Libertador, y el Obispo de Mérida, Rafael Lasso de la Vega, hayan sido el puente con la Santa Sede para la restitución de la jerarquía católica en el continente.

El precio de la causa independentista fue muy elevado para Venezuela en todos los órdenes. La larga guerra llevada hasta las fronteras de los que hoy son los países bolivarianos desangró al país, reduciendo su población y diezmando su economía. La institución eclesial quedó resentida: se redujeron sus sacerdotes y seminaristas, se cerraron conventos, y florecientes misiones desaparecieron. Sin embargo, la mayor parte de la población siguió fiel a sus tradiciones católicas, y pedía con insistencia la presencia saludable del sacerdote.

El siglo XIX republicano fue difícil para la Iglesia. Incomprensiones, malentendidos, y el prurito anticlerical característico de la época se hizo presente en las autoridades tanto del partido conservador como del liberal. El viejo resabio patronatista, usurpado unilateralmente por los nuevos gobernantes, fue ocasión de dolorosos conflictos que llevaron en varias ocasiones al destierro de los prelados. La persecución guzmancista durante el llamado septenio (1870-1877) prohibió los conventos, cerró los seminarios, expulsó a los obispos y confiscó los bienes eclesiásticos.

Con todo, la fe siguió viva en los hogares y en las calles. Los padres bautizaban a sus hijos, los devotos convocaban al pueblo a las procesiones y cultos tradicionales, las oraciones se aprendían en el hogar a la hora del Rosario familiar; novenas, trisagios y devocionarios circulaban en hojitas o copiados a mano. Todo ello obra de seglares, que conservaron y troquelaron lo mejor de nuestra fe católica. No faltaron las omisiones y desviaciones propias de circunstancias semejantes. Pero a la hora de un balance, el saldo positivo supera con creces las deficiencias. Y no faltaron brillantes cristianos, que desde diversas posiciones enarbolaron con valentía las exigencias de la fe en la vida pública. Recordemos a José María Vargas, Cecilio Acosta, Fermín Toro, Felipe Larrazábal y Juan Vicente González. Y el surgimiento de la vida religiosa venezolana en las congregaciones de Hermanitas de los Pobres de Maiquetía y Franciscanas del Sagrado Corazón, y más tarde las Siervas del Santísimo y las Hermanas de Lourdes.

Nuestro siglo XX ha sido más pródigo en buenos frutos. La restauración de la vida religiosa masculina y femenina, comenzada a finales del siglo XIX, la reapertura de los seminarios, la presencia de institu-

ciones eclesiales en la educación y en la asistencia sanitaria, la representación pontificia con sede en Caracas hasta llegar a Nunciatura, la multiplicación de circunscripciones eclesiásticas, la ayuda de sacerdotes y religiosos provenientes de iglesias hermanas, principalmente europeas, el surgimiento de una presencia seglar más activa y dinámica a partir de la Acción Católica fueron configurando una nueva imagen, y una acción evangelizadora y misionera eficaz.

LA ESPERANZA DINAMIZADORA DEL EVANGELIO

Venezuela, como todo nuestro continente, tiene una vocación de fidelidad a Jesucristo y de esperanza, que no debe ser ahogada. Para continuar la obra comenzada por los que nos precedieron, para retomar la nueva evangelización, nueva en su ardor, en sus métodos y en su expresión (Juan Pablo II, 9-3-83), hay que redoblar la esperanza, asumiendo los retos y desafíos de hoy, y superando las tentaciones que se presentan en el camino siempre arduo de la evangelización (Cfr. Juan Pablo II, 12-10-84).

Debemos enfrentar la tentación de olvidar nuestra innegable vocación cristiana y los valores que la plasman. No necesitamos buscar o copiar otros modelos sociales. Nuestras raíces culturales y sociales tienen las potencialidades suficientes para edificar una sociedad más fraterna y más justa. A ello tenemos que sumar la bendición de Dios de haber dotado nuestro suelo de ingentes recursos naturales.

Superemos la tentación de la comodidad y del cansancio, que nos lleva a pensar que todo está bien en nuestra Iglesia, cuando, por el contrario, hemos de hacer un gran esfuerzo evangelizador-catequético para llevar el mensaje de la fe de Jesucristo a muchos bautizados que la desconocen o no la practican, y un gran esfuerzo para promover las vocaciones al sacerdocio y a la vida consagrada, así como al compromiso laical.

Hemos de superar lo que puede debilitar la comunión en la Iglesia. Gracias a Dios, se dan pasos importantes en el camino de la unidad en la diversidad. La creatividad pastoral nos debe abrir posibilidades en el campo de la participación, y en el de una formación más intensa y permanente.

Nuestro país tiene una tradición de convivencia que se ve amenazada por la descomposición social. El diálogo y la ampliación de los niveles de participación política, al igual que un mayor empeño por una igualdad económica y de oportunidades, es el mejor camino para evitar todo tipo de violencia.

Hay valores humanos y cristianos que parecen no gozar de buena salud. Los ídolos del poder y la violencia, de la riqueza y del placer, sustituyen; y más aún, prostituyen los mejores ideales y proyectos. En nombre de ninguna libertad es lícito entronizar la corrupción, el afán de lucro, el consumismo, y el libertinaje hedonista como los supremos valores del hombre venezolano de hoy y de mañana.

Se manifiestan igualmente tentaciones contra la vida. Con visos de progreso y de superación de costumbres ancestrales se promueven campañas inhumanas que introducen la contracepción indiscriminada, la esterilización, la liberalización del aborto, y nuevas prácticas de ingeniería genética que atentan contra la institución familiar, y contra la dignidad y los derechos fundamentales del ser humano.

Las minorías opulentas que se aferran a sus privilegios deben tener como punto de referencia a las grandes mayorías que viven en situaciones precarias de miseria y de marginación. Si esta brecha crece, aumentará también la inestabilidad social. Apoyamos los esfuerzos serios del empresariado por crear nuevas fuentes de trabajo y por mejorar la condición de los trabajadores.

El no asumir el carácter cristiano profético y no denunciar las estructuras injustas y de pecado, es silencio cómplice que ve con indiferencia cómo se cometen injusticias sin involucrarse, ya sea por falta de interés hacia el propio país, ya sea por temor a las represalias.

Los católicos venezolanos de hoy tenemos por delante la tarea de edificar un mundo que tenga un espíritu, un alma y una conciencia nuevos. La nueva evangelización es la exigencia de anunciar a Jesucristo con renovado ardor, y de impulsar la civilización del amor y de la solidaridad.

EL COMPROMISO MISIONERO: DEJARNOS GUIAR POR EL ESPIRITU

Conmemorar los quinientos años del inicio de la evangelización en nuestro continente y en nuestra patria nos ofrece una privilegiada ocasión para ahondar en el espíritu católico que está en las raíces de nuestra cultura venezolana.

Es un momento propicio de acción de gracias, por el dinamismo del Espíritu en tantos hombres y mujeres a lo largo de cinco siglos.

Es una privilegiada ocasión para estudiar nuestro pasado con una mirada de fe que nos lleve a corregir errores, a superar dificultades y a promover proyectos pastorales en bien del hombre venezolano.

Es el momento de dejarnos guiar por el Espíritu. Sin El no se puede dar testimonio de Cristo ni reflejar su imagen. La misión sigue siendo difícil y compleja como en el pasado, y exige igualmente la valentía y la luz del Espíritu. Vivimos frecuentemente el drama de la primera comunidad cristiana, que veía cómo fuerzas incrédulas y hostiles se aliaban contra el Señor y contra su Ungido.

Como entonces, también hoy es preciso orar para que Dios nos conceda la libertad de proclamar el Evangelio, escrutar las vías misteriosas del Espíritu y dejarse guiar por él hasta la verdad completa (Redemptoris Missio 87).

El Santo Padre llama a una nueva evangelización. El punto de partida de ésta nueva evangelización es la renovación estuasiasta de la fe en Cristo y en la Iglesia. Una fe que nos capacite para presentar con audacia su función salvífica en la humanidad, y que no se quede en buscar mejorar la condición individual, sino que sea energía y fuerza histórica capaz de transformar la vida humana y la vida social.

Nuestra realidad actual, tanto nacional como eclesial, requiere que todos los agentes de pastoral, obispos, sacerdotes, diáconos, religiosos y laicos, con alegría y entusiasmo, cohesionados en la fe y en la caridad, redoblemos nuestra proclamación de la persona, obra y mensaje salvador de nuestro Señor Jesucristo. El primer anuncio del Kerygma y la explicación de la fe que proclamamos en el Credo, es tesoro preciado que estamos llamados a compartir con todos los venezolanos.

Proclamar y enseñar el gozoso mensaje de nuestra salvación, ayudará a fortalecer en su fe a muchos hermanos que se han debilitado en su adhesión a Jesucristo y a la Iglesia, animará a los indiferentes e iluminará a aquellos bautizados que no conocen las maravillas del Señor.

Jesucristo es nuestro Salvador. Como Señor de la historia, como el Camino, la Verdad y la Vida. Nos impulsa a asumir el anuncio de su Buena Nueva a nuestros hermanos.

Una nueva evangelización nos tiene que llevar a promover más la vocación evangelizadora de los laicos en el corazón del mundo. La historia de los siglos pasados es rica en ejemplos. Hoy en día, a través de nuevas formas de corresponsabilidad y de cooperación, podemos impregnar de Evangelio el meollo de la cultura emergente (R.M. 52).

La nueva evangelización requiere también un seguimiento de la vocación misionera de todas las Iglesias. Dada nuestra escasez de agentes pastorales tenemos que recibir, pero debemos aprender a dar, a abrirnos a la universalidad de la Iglesia (R.M. 85), y a una mayor y más efectiva colaboración entre nuestras propias iglesias locales.

En un mundo en el que crece cada día la injusticia y la brecha entre ricos e indigentes, ratificamos nuestra solidaridad con el mundo de los pobres y con el desarrollo integral de todas las personas. Tal como el Papa habló a los Obispos en Haití: "Los más pobres deben tener una preferencia en nuestro corazón de padres y en nuestra solicitud de pastores (...) Que las tareas de la justicia, de la paz, del bienestar, de la salud y del trabajo, cuenten siempre con laicos bien preparados y seguros, porque reciben oportunamente la luz de la fe y del apoyo espiritual que, en virtud de vuestra ordenación, vosotros y vuestros sacerdotes nunca les negáis" (Juan Pablo II, Alocución al CELAM, 9-3-83, Puerto Príncipe).

Es éste pues, el sentido de nuestra celebración de los quinientos años de evangelización de América. Renovar nuestra vocación evangelizadora, renovar los métodos, el ardor y la expresión de nuestro compromiso pastoral. Dar gracias a Dios por el mucho bien que ha significado la fecundidad del Evangelio en medio de situaciones difíciles y complejas. Pedir perdón al Señor por las fallas, por los pecados, por las

omisiones y lagunas, desde una perspectiva de conversión sincera. El mejor propósito de enmienda está de cara al futuro, al dinamismo evangelizador que queremos darle a la convicción de que la Iglesia es el sacramento de salvación para las personas y para el mundo.

Queremos dirigir también una palabra a nuestros hermanos indígenas y afroamericanos. Los invitamos también a ellos a valorar la actividad misionera de la primera evangelización de América, pues creemos que, examinando este hecho histórico con las debidas distinciones, y sin querer aplicar los criterios pastorales actuales a aquella época podemos comprender mejor la importancia que el hecho de la evangelización revista para la vida de nuestros pueblos.

Exhortaríamos, además, a reconocer en aquellos primeros evangelizadores la auténtica fidelidad al mensaje de Jesucristo cuando elevaron su voz profética contra los abusos de los colonizadores que buscaban su propio interés, a costa de los derechos de personas a las que hubieran debido amar como hermanos (Cfr. Carta de Juan Pablo II a los religiosos de América Latina, 29-6-90).

Así como para la Iglesia es irrenunciable su tarea de evangelizar a todos los pueblos, lo es también la tarea de defensa del indígena y del afroamericano y una actitud de gran respeto hacia sus valores culturales.

TAREAS POR REALIZAR

Ante la circunstancia privilegiada del V Centenario, los Obispos de Venezuela nos proponemos:

- Realizar una gran misión que cubra todo el territorio patrio y procure una renovación de la fe en Cristo y en su Iglesia, que promueva un compromiso cristiano en el mayor número posible de hermanos.
- Llevar la educación religiosa a todas las escuelas públicas.
- Crear o fortalecer centros de formación del laicado, y multiplicar los ministerios conferidos a laicos para servir a la formación de las comunidades cristianas.
- Promover una vigorosa renovación en el campo litúrgico.
- Fomentar la pastoral de los ambientes: laboral, comunicacional, artístico, etc.
- Estudiar, difundir y poner en práctica la Doctrina Social de la Iglesia en el marco de la opción preferencial por los pobres.
- Prepararnos para la IV Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, que va a celebrarse en Santo Domingo en 1992: dar a conocer y promover la participación acerca del Documento de Consulta, y unimos afectiva y efectivamente a toda la programación del CELAM para el año 1992.
- Celebrar el VI Congreso Mariano Nacional.
- Organizar jornadas de estudio y reflexión sobre el V Centenario.
- Participar activamente en los organismos nacionales del V Centenario.
- Levantar inventarios del patrimonio histórico y artístico de la Iglesia en Venezuela, y procurar la restauración de templos y otros edificios ligados a nuestro pasado como Iglesia, a través de la Comisión estatal para el V Centenario y los organismos de conservación del patrimonio artístico e histórico del país.

CONCLUSION

Para Venezuela, 1992 nos invita a una preparación progresiva del año 1998, V Centenario del inicio de la evangelización de nuestro país.

El V Centenario de la Evangelización de América es un momento privilegiado de renovación espiritual. Que el nombre de Jesucristo sea proclamado, con los labios y con el corazón, por todos los venezolanos.

Que todos los bautizados se sientan miembros de la Iglesia y participen activa y responsablemente en la tarea evangelizadora y en la construcción del Reino.

Que María, Modelo de vida cristiana, bajo la hermosa advocación de Coromoto, nos ayude y guíe a renovar la fe en toda la extensión de nuestra Patria.

Con nuestra bendición episcopal.

Firman todos los Arzobispos y Obispos de Venezuela.